

Esclavitud antigua e ideología moderna de Moses I. Finley, treinta y cinco años después

por Ricardo Martínez Lacy

Universidad Nacional Autónoma de México

El libro de Moses I. Finley *Esclavitud antigua e ideología moderna* es el texto revisado de cuatro conferencias dictadas hace treinta y cinco años en el Colegio de Francia¹. Sin duda, es uno de los libros más importantes del siglo XX sobre su tema.

Al preparar este texto, he reparado en que es más fácil escribir algo sobre un texto defectuoso que sobre uno con el que no sólo se está de acuerdo, sino que ha sido importante en la formación personal.

La estructura del texto refleja su origen como una serie de conferencias puesto que se compone de cuatro capítulos, el primero da su nombre al libro, el segundo y el cuarto tratan del origen y la decadencia de la esclavitud, respectivamente, y el tercero se ocupa de la relación entre la esclavitud y la humanidad. Como el autor mismo declara en su prefacio, la obra es una recapitulación de casi cincuenta años de trabajo, y se nota.

El primer capítulo es historiográfico. Ahí se analiza la obra de una sesentena de autores que se han ocupado de la esclavitud, desde Titus Popma, un frisio que publicó su libro en 1608, hasta Joseph Vogt y Wilhelm Backhaus, que hicieron lo propio en 1974.

La exposición dista de ser lineal y va registrando, avances, retrocesos y callejones sin salida en la investigación. La exposición no es cronológica, sino lógica.

El inicio da la tónica de todo el capítulo, pues Finley comienza por decir:

El volumen y la ferocidad polémica de las obras sobre la historia de la esclavitud son características notorias de la historiografía contemporánea (p. 79)²

¹Texto de una comunicación presentada en la Universidad Autónoma de Barcelona en diciembre de 2013. Agradezco al Dr. Álvaro Moreno Leoni por sus comentarios que hizo a versiones anteriores.

En efecto, desde fines del siglo XVIII y principios del XIX el estudio de la esclavitud antigua estuvo estrechamente relacionado con el movimiento por la abolición de esa forma de trabajo.

Destaca Finley cómo ha habido historiadores como el famoso Henri Wallon (1847) que han tratado de demostrar que el cristianismo se oponía a la esclavitud cuando ésta aún no había sido abolida, pero otros, como el entonces marxista Ettore Ciccotti (1899), con razón, han demostrado que el cristianismo no se oponía a la propiedad ni al *status quo* terrenal.

La exposición sobre el siglo XX se centra en las polémicas de la guerra fría, cuando los historiadores alemanes se dividieron entre izquierdistas y anticomunistas y éstos trataron de desprestigiar a aquellos criticando lo que consideraban marxista, pero que en realidad era una caricatura como la que luego trazó Hayden White, según el cual el marxismo se reduce a la determinación de la superestructura por la base, cosa que Engels niega *expressis verbis* en su edición de las *Tesis sobre Feurbach* de Marx.

Otra característica señalada por Finley es cómo historiadores como Eduard Meyer (1895 y 1898) han propuesto una visión modernista de la antigüedad y propuesto una edad media, un renacimiento y un desarrollo industrial en la antigüedad que se completa con una repetición cíclica. En ella, a los esclavos se les asigna el mismo papel que al proletariado bajo el capitalismo.

Aquí, como en su *Economía de la antigüedad*, el autor propone que las sociedades griega y romana eran distintas de las capitalistas, pero no por ello primitivas. De hecho, el conjunto del libro es un alegato contra visiones que conciben la historia como una serie de etapas por las que toda la humanidad ha de pasar, como las versiones del marxismo que trataron de erigir, con base en la exposición de esas etapas del *Anti-Düring* de Engels, leyes inescapables cuya negación o puesta en duda hacía sospechosos de heterodoxos a los marxistas que la “cometían”.³ Obviamente, el marxismo no se agota en esta posición: siempre ha habido otras.

² . Uso la edición expandida de Brent D. Shaw: Moses I. Finley, *Ancient slavery and modern ideology*, Princeton, 1998.

³ . No siendo una religión, no puede haber ortodoxia ni heterodoxia en el marxismo, contra Gyorgy Lukacs, *Historia y lucha de clases*, traducción de M. Sacristán, México, 1969, p. 1-28.

Gran interés suscita en Finley la obra de Joseph Vogt quien, después de editar un libro que comparaba – positivamente - la lucha de Roma contra los cartagineses con el exterminio antisemita de los nazis, a la caída de su régimen abrió un centro de investigación bajo la égida de la Academia de Ciencias de Maguncia que se dedicó a preconizar la humanidad que existía en las relaciones entre amos y esclavos, como se verá.

En los capítulos segundo y cuarto, ya se dijo, se propone un modelo explicativo del surgimiento y la declinación de la esclavitud en la antigüedad clásicos. En ellos, propone que la clasificación de tipos de trabajo desde el punto de vista de la historia y de las sociología está en mal estado y añade: “Detrás de una clasificación defectuosa hay desde luego una teoría defectuosa o, por lo menos, una conceptualización inadecuada” (p. 137)

En todo caso, lo que define la esclavitud es que el esclavo es una mercancía sin propiedad y sin familia.

Contra lo que se cree comúnmente, la conquista no estuvo en el origen de la esclavitud, por más que lo pudiera estar en su reproducción. Uno de los requisitos para su surgimiento es la existencia de una reserva de trabajo esclavo susceptible de ser incorporada legal y culturalmente a la sociedad receptora. En consecuencia, la demanda antecede a la oferta. Y esta demanda surge porque los clientes romanos y los esclavos por deudas griegos se afirmaron como ciudadanos miembros libres de sus respectivas comunidades. Entonces, no se trató de un proceso deliberado y consciente.

La esclavitud se abolió apenas en el siglo XIX, por lo que siguió habiendo esclavos durante toda la edad media y ciertamente en la edad moderna, pero para los tiempos de Carlomagno había perdido su función como fuente primordial de plusvalía, en palabras mías, no de Finley, y prácticamente todos los esclavos hacían trabajos domésticos o eran objeto de ostentación. Nuestro autor argumenta que, a partir de los tiempos de Augusto, empezó un proceso de diferenciación entre los ciudadanos romanos porque los pobres fueron perdiendo derechos paulatinamente y emergió una distinción entre *honestiores* y *humiliores* a consecuencia de la cual la existencia de los segundos volvió obsoleto el concurso de los esclavos en la producción.

En cuanto al humanismo en la esclavitud, una posición defendida por Vogt, ella se limita en última instancia a exigir la aceptación de la esclavitud y la obediencia en nombre de un valor más alto. En todo caso, la mayoría de los estudiosos basa su propuesta en datos y dichos excepcionales que acomoda según su ideología. Un ejemplo es la tortura en los

procesos legales, que algunos tratan de descartar como atípica, pero no hay pruebas de su frecuencia y el hecho es que servía para poner en su lugar a esos objetos de propiedad con alma que eran los esclavos.

Desde luego que hay testimonios antiguos que expresan posiciones análogas como cuando Diodoro Sículo (XXXIV/XXXV.2) explica el estallido de la primera guerra servil por los desmanes de una pareja desalmada, cuya hija es en cambio buena con los esclavos que, al estallar la rebelión le perdonan la vida. Los ejemplos podrían multiplicarse, pero no sin desviarse del tema.

Cosa notable en esta obra es que todos los autores modernos son tratados igual y siempre se propone un argumento como base de los juicios, mientras que todos los testimonios antiguos son sometidos a la crítica textual, cosa rara puesto que en la actualidad los historiadores suelen tratar los testimonios como meros datos iguales todos entre sí, característica que critiqué en Angelos Chaniotis.⁴

La recepción inmediata de la obra fue muy positiva, pero me parece que no se comprendió la profundidad de lo expuesto por Finley. Me referiré sólo a dos reseñas.

Ernst Badian publicó una larga reseña de este libro y de una compilación de Wiedemann en la *New York Review of Books*, entonces la más prestigiosa revista en su género.⁵ El autor reconoce que Finley es el mejor especialista en el tema de los países de habla inglesa, pero le parece que el libro es “elusivo y un poco decepcionante” (p. 49). Como es práctica común en esta revista, el reseñador expone sus propias ideas más que las del libro reseñado. Es falso que la importancia del trabajo esclavo en la Atenas clásica sea una mera hipótesis, pues Finley lo probó en el artículo “¿Estaba la civilización griega basada en el trabajo de los esclavos?”⁶ Badian niega que la demanda precedió la oferta de esclavos, pero ignora la exitosa lucha de los atenienses por liberarse de la esclavitud por deudas y la de los plebeyos romanos por deshacerse de la clientela. Es injusto al decir que Finley alaba a Wallon para luego calificarlo de anticuario, puesto que la alabanza se refiere a la obra en general y la crítica, sólo a tres capítulos en donde trata de discernir el número

⁴ Véase mi reseña: “Chaniotis, Angelos, *War in the Hellenistic world. A social and cultural history*”, *Nova Tellus*, XXIV-2, 2006, p. 317-20.

⁵ “The bitter history of slave history”, *The New York Review of Books*, 21 de octubre de 1981, p. 49-53

⁶ “Was Greek civilization based on slave labour?”, *Historia*, VIII, 1959 p. 145-64, incluida luego en la antología editada por el mismo Finley, *Slavery in classical antiquity*, p. 53 – 72.

de los esclavos. Hace una defensa de Meyer que es injusta.⁷ Defiende a Vittinghoff de las acusaciones de Finley, pero el artículo de *Saeculum* es un ataque en contra del marxismo, al que confunde con la ideología oficial de la U.R.S.S. (¿debo decir que el marxismo es más que eso?). Contesta Badian recordando los ataques de la *Gran enciclopedia soviética* y la actitud de los historiadores soviéticos hacia el “Occidente”. Termina atribuyendo la posición de Finley a heridas psicológicas.

Una reseña de mucho mejor calidad es la de Jacques Annequin, aparecida en *Dialogues d'histoire ancienne*, VII, 1981⁸. Dice el autor que

Este libro breve y lúcido, que plantea con rigor problemas históricos complejos en particular para la investigación marxista, merece una interrogación larga.

Sobre el primer capítulo, el autor está de acuerdo en todo, pero sostiene, con razón, que las ideas de Marx y Engels sobre la esclavitud abarcan pocas páginas, pero que los conceptos de renta y capital mercantil planteados en *El capital* son imprescindibles para comprender el esclavismo.

No está de acuerdo con Finley en que los esclavos no eran una clase social y afirma que la existencia de una clase se expresa en la consciencia de tal pero, pregunto yo, ¿cómo expresaban su consciencia los esclavos de la antigüedad? No existen trazas de un discurso servil, sólo del de los amos. Al tratar el capítulo tercero, Annequin afirma que los esclavos que se rebelaron, por ese mismo hecho, estaban reivindicando la libertad, pero esa reivindicación era sólo personal, ya que ellos mismos esclavizaban a sus prisioneros de guerra y los hacían luchar como gladiadores⁹. Sostiene la idea de que no hubo una transición de la esclavitud al feudalismo sino una variedad de transiciones locales. Termina señalando lo estimulante del libro y el hecho de que hace de su tema uno, “propriadamente histórico”.

⁷ Véase Eduard Meyer, *El historiador y la historia antigua*, traducción de C. Silva, México, 1955, p. 127-2.

⁸ “M.I. Finley et l’esclavage antique. Décrire et expliquer une forme d’exploitation du travail”, *DHA*, VII, p. 437-50.

⁹ Véase ahora mi artículo “Las rebeliones serviles de la antigüedad clásica como fenómeno de sumisión, resistencia e interiorización de la dependencia”, *Studia historica. Historia antigua*, XXV, 2007, p. 181-4

Esclavitud antigua e ideología moderna fue publicado en una edición rústica y traducido a varios idiomas, entre otros al español en 1982, Brent D. Shaw hizo una segunda edición en 1998, que aún no se agota.

Sin embargo, me parece que el libro no ha tenido la difusión ni ha atraído la atención que merece. Ello se debe tal vez a su complejidad, a que a lo largo de los capítulos va introduciendo digresiones que hubieran podido publicarse como artículos independientes, a su tono polémico que en los tiempos actuales suena agresivo a unos lectores timoratos y sin perspectiva histórica y a que la guerra fría de la que formaron parte las discusiones de mediados del siglo XX terminó ... y no la ganaron Finley y sus amigos y partidarios.